

## La Dama Negra

Lyda y Sebah habían salido a pasear por el bosque. Aquel era un lugar magnífico, y entre árboles retorcidos y helechos gigantes se perdieron durante horas. Fue un buen rato, de desahogo, en que ambos derramaron lágrimas hablando de muchas cosas. Lyda le contó al duende la historia de su vida, la de su madre, de cómo abandonó a su padre y de cómo se habían instalado en aquel bosque impresionante. Pero no le dijo nada de la voz. Sebah escuchó atento toda la historia, y quedó maravillado con la Señora de la *Magia Mutable*. Se sintió realmente afligido por no poder conocerla, tal vez ella sabría cómo liberarle de su carga, le habría ayudado a llevar a buen fin el papel de su vida. Juntos, con Lyda y su madre, habrían invocado aquella criatura que Sebah debía traer al mundo. Los riesgos de aquello eran tan grandes, que hasta él mismo estaba aterrado. Su vida podría resultar una gran desgracia para el mundo, pero estaba ahí para eso, y debía cumplir su cometido. Y Lyda iba a ayudarle a lograrlo.

Pasearon durante horas, caminaron ladera arriba, internándose en la neblina, hasta donde el bosque cambiaba, y el laurisilva iba desapareciendo en un bosque de altos árboles. Más allá terminaban, y la ladera continuaba en una árida pendiente hasta la boca del volcán, donde habitaba el dragón. Era un lugar al que ninguno quería ir, y cuando llegaron hasta el límite del bosque, emprendieron el regreso.

Ambos estaban iniciando una gran y profunda amistad. Lyda había encontrado en Sebah un compañero que sólo habría hallado en Onírica. Su historia maravilló por igual al duende de epoxy, y ambos lloraron su muerte también. Sebah había comprendido que alguien perseguía a las brujas, y debían saber por qué. Aunque no había forma de saberlo, salvo enfrentarse al destino. En algún momento iban a encontrarles, y ellos debían elegir si esperar ese momento, o si huir y jamás despejar la duda.

El camino de regreso fue más fácil, descendiendo entre la laurisilva, hasta el hogar de Lyda. La pequeña cabaña permanecía escondida entre la maleza, en una garganta bien disimulada por peñascos y maleza. Cuando se aproximaban a la buganvilla rosada, supieron que habían llegado. Y entonces Lyda supo que algo no marchaba bien.

La puerta de su casa estaba abierta, y al llegar hasta ella le dijo a Sebah que esperara fuera.- No te muevas de aquí.- Éste corrió a esconderse entre unos arbustos, y la vio transformarse en un fornido hombre pelirrojo. Lyda, reteniendo el miedo, desenvainó su espada y entró en su hogar.

Dentro todo estaba revuelto. Su baúl abierto, los utensilios de cocina por el suelo y su cama deshecha. El colchón estaba, de hecho, por el suelo. Pero lo peor de todo era que la alfombra, con su escudo de armas en forma de la Flor de Lis, estaba arrugada en una esquina, y la trampilla que daba al subsuelo estaba abierta.

Trató de no hacer ruido. Se acercó y miró dentro, donde una vela iluminaba. Había alguien ahí debajo. Se asomó para poder ver, pero nada. No pudo ver a quien quiera que fuese. Lyda se temió entonces que los hubieran encontrado, y de nuevo la duda se le hizo presente. Era el momento de correr, o de conocer a quien estaba cazando a las brujas. Sin pensarlo, saltó al interior de la cámara y amenazó con la espada al intruso.

La húmeda estancia estaba toda revuelta, sus libros por el suelo, salvo uno, y allí, junto a un rincón, estaba ella: la Dama Negra. Lyda, feroz, lanzó una estocada, pero ella, ágil, interpuso su báculo, parando el ataque. Quedaron quietas, mirándose. Era una elfa bellísima, pero con furia en la mirada. Su tez, blanca como la nieve, contrastaba con su largo cabello negro. Llevaba una corona de plata con joyas engarzadas, y una túnica negra con ribetes dorados. En la mano tenía el Lunariu.

- ¿Quién eres? - Inquirió Lyda con su voz de hombre fornido.

- Sabes quién soy. Baja tu arma, y regresa a tu forma, adoradora del mal. Estoy aquí para acabar contigo.- Respondió ella con ira. La miraba fijamente, desafiando, confiando plenamente en poder cumplir su amenaza.

- ¿Cómo sabes quién soy? ¿Cómo me has encontrado?

- No fue difícil seguir el rastro...

- No vas a llevarte al duende de epoxy. Antes deberás acabar conmigo, como has hecho con mi madre y las demás brujas.

Tras la contraofensiva verbal, la Dama Negra sonrió con medio labio.

- No vas a llevártelo.- Repitió Lyda.

- No sé de qué duende me hablas, pero no he venido por él. Vine por ti. Y tú me estabas esperando, sabrías que vendría, pues el Lunariu te lo dice.

Lyda contestó a aquello con una mirada incrédula. ¿El Lunariu? La elfa tenía el libro con una mano. Claramente había sido sorprendida por Lyda leyéndolo.

- Lo habrás leído.- Dijo la elfa.- Hoy lo iba a encontrar. Y si crees en su profecía, es que eres una necia, niña, pues no dejaré que logres cumplirla.

Lyda sin entender lo que quiso decir, reaccionó y trató de atacarla, pero ella se zafó del golpe y volvió a pararlo con el báculo. Era un bastón muy largo, de una madera blanca tallada en una extraña forma. El extremo por el que la elfa lo agarraba era fino y sin florituras, de un blanco pálido, y por la mitad comenzaba a retorcerse hasta terminar en una raíz extraña, que agarraba una piedra del más impenetrable negro.

- Voy a acabar contigo, a cambiar el destino. Este Lunariu no dice más que sandeces. Todo puede ser modificado.

Entonces lo comprendió todo Lyda. Necesitaba el Lunariu para invocar la demonio. Aquella voz había acudido a ella, y no a cualquier otra persona, porque era ella quien debía invocarlo. Su madre había tenido razón en todo. Ese libro era la clave de todo.

- No vas a conseguirlo. Voy a marcharme de aquí con ese libro, y tu vida va a terminar en este instante.

- ¿Este instante? ¿Sabes cuántos instantes como este he vivido, niña? Los hombres no entendéis el tiempo. Mi vida ha sido tan larga que no podrías si quiera concebir tal pensamiento, y no vas a terminar tú con ella, ahora, en este momento. No me importa lo que diga el Lunariu, voy a llevármelo.

Pero Lyda no iba a permitirlo. Se concentró y miró el Lunariu. Entonces éste comenzó a desvanecerse. La elfa se centró de inmediato, y se preparó para dispersar el hechizo de Lyda, pero era tarde, ya estaba conjurado. El Lunariu cayó de las manos de la elfa, partiéndose en varios trozos, y al tocar el suelo de la cámara, cayó en la forma de miles de gotas. Ahora aquel pesado libro, era sólo un charco de agua. Entonces Lyda se movió rápido y logró sorprenderla. Giró su espada dejando el rostro de la elfa al descubierto, y le golpeó con la culata de metal. La elfa cayó sobre su espalda, tratando de golpear con el báculo, derribando así a Lyda. Ella que ya no pudo más, perdió la concentración de ambos hechizos y tanto el hombre fornido como el charco, desaparecieron. Lyda quedó tendida sobre el Lunariu.

La elfa fue a reaccionar, y saltó sobre ella, pero Lyda agarró el Lunariu y corrió hacia las escaleras que subían hasta su hogar. Empujó a la elfa, pero ella le agarró el camisón. Lyda, tirando con todas sus fuerzas, logró huir, y la Dama Negra se quedó con un trozo de tela verdosa en su mano.

Cuando la Dama Negra salió de la casa no vio a nadie. Aquella muchacha había huido con el Lunariu. Maldijo, gritó de rabia, y golpeó el suelo con su precioso báculo. Miró alrededor, volvió a maldecir en su melodiosa lengua, y se marchó.

*La Dama Negra*  
*Lyda de Lis. Historia de una estatua de piedra*  
Memorias Olvidadas  
Darka Treake  
[www.modt.net](http://www.modt.net)